

# NOSOTROS NO SOMOS LOS ÚNICOS CONSPIRADORES

Erika Almenara

**Erika Almenara (Lima, 1978)** estudió Traducción e Interpretación en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón y Literatura en la PUCP. Es profesora de Literatura y Cultura en la Universidad de Arkansas, y doctora en Estudios Culturales por la Universidad de Michigan, especializada en crítica cultural y teórica, *performance*, teoría *queer*, estudios subalternos, violencia en los Andes, dictadura y posdictadura en el Cono Sur. Ha publicado los libros de poesía *Reino cerrado* (2006) y *Para evitar los rastros* (2009). Asimismo, ha publicado artículos en publicaciones especializadas y relatos en colecciones colectivas de cuentos. Su poesía ha sido presentada en las revistas *Divergencias* y *Sinister Wisdom*.

*a Gareth Williams*

I

José Gabriel se percató de que el corregidor aún dormía. Volvió a mirar, mientras susurraba palabras ininteligibles para los animales que los observaban, sus cuerpos desnudos descansando en la hierba de las caballerizas. El choque de las ramas de los árboles contra el viento seco de Tungasuca emitía una melodía dura y punzante que llevaba a José Gabriel a recordar la batalla que contra su piel había librado el español la noche anterior.

Lo había visto por primera vez en Tinta, ordenando el castigo a un grupo de indios que se rehusaban a participar de la mita. Estaban enfermos, pero don Antonio Arriaga, autoridad española encargada de recaudar los tributos, administrar el trabajo obligatorio en las minas y supervisar los asuntos de interés regional, no entendía de razones. Este vio aparecer a José Gabriel e interrumpir su perorata aleccionadora, un indio insolente de pelo desordenado y labios gruesos que le gritaba palabras indescifrables a las que él no

atendía. Don Antonio, pues, observaba los muslos firmes del indio aferrados al caballo y las gotas de sudor que se translucían en su camisa blanca.

Por su parte, José Gabriel miraba al corregidor desde su caballo mientras le vociferaba insultos y maldiciones desde ese ardor que le venía del pecho. Pero, a la vez, en ese mismo pecho latía y se inflamaba una sutil fascinación por la rareza blanca, azulosa que el *kuraka* tenía en frente. Una rareza injusta y maldita que había desgarrado familias enteras, tras alaridos de dolor y súplica que condenaron las minas de Tungasuca. La confusión de ideas en la cabeza de José Gabriel hizo que diera la orden de partida a los jinetes que lo acompañaban y saliera rápidamente del área, mientras que don Antonio lo veía galopar con recelo, desconfianza y cierto placer.

Una mañana, el *kuraka* visitaba sus cultivos de coca y viña, cuando de pronto, de manera silenciosa y rápida, alguien se acercó para abrazarlo por la espalda. Era don Antonio, cuchillo en mano, rozándole los cabellos con su rostro. José Gabriel sintió la dureza de su cuerpo lechoso y espigado detrás del suyo, intentó liberarse, pero el español lo apretó aun más contra su cuerpo y acercó el cuchillo a su ojo izquierdo. De pronto, don Antonio soltó su arma sin dejar de abrazar al *kuraka* por la espalda para ponerle, con la mano entonces libre, los dedos sobre los labios y susurrarle:

—No grites... ¡Deja de alborotar a los indios!—mientras José Gabriel sentía su respiración agitarse.

Al terminar sus palabras, el corregidor hizo girar lentamente al *kuraka*, quedando uno y otro cara a cara, luz y noche, irradiados por los rayos del sol que

lastimaban los ojos de don Antonio. Sus manos comenzaron a bajar por el cuello de José Gabriel y la coleta que amarraba sus cabellos se desató, dejando en libertad sus delgados y tristes cabellos. Estos rozaron el rostro del *kuraka*, quien miraba al corregidor, con sus ojos brillantes de aceituna, comenzar a deshacer sus ropas.

Cuando la piel fresca y morena de José Gabriel quedó al descubierto, don Antonio comenzó a lamer y aspirar descontroladamente los olores de ese raro ser, mezcla de animal y hombre que lo miraba en silencio chupar, morder y consumir su cuerpo indígena. Acostado ahora, sobre la hierba, José Gabriel Condorcanqui sentía las gotas de sudor del español mezclarse con sus pelos negros mientras este se apoderaba de su cuerpo a lengüetazos. El *kuraka* aceptaba en silencio cada nueva embestida de esa lengua española rasposa sobre su torso, luego sus piernas y luego su sexo. El refrote de esas dos subjetividades sentenciaban al corregidor, pues la sangre indígena de Condorcanqui iba nutriéndose de los gestos y debilidades del español, de los gustos y pesares de esa piel alba, de esa boca sin labios, gimiendo en un idioma perverso mientras se retorcia, sacudiendo con una mano el pequeño amasijo de carne rosada que le colgaba entre las piernas.

Al caer la noche, el corregidor dormía exhausto en las caballerizas, Túpac Amaru II lo observaba desnudo y encorvado como un feto sin vida. Entonces soltó una carcajada, cogió su caballo y cabalgó a toda velocidad. Cuando el español despertó desnudo, solo y sin dinero, sintió miedo.

## II

Por eso se ruborizó al verlo unos días después. Túpac Amaru II había llegado hasta su casa para discutir con él la disminución de las horas de trabajo de la mita de Potosí. Le dijeron que el corregidor estaba tomando su usual siesta tras el almuerzo, que se marchase y que volviera algunas horas después. Pero Túpac Amaru II había insistido, y con un pie que servía de obstáculo para que el criado no cerrara la puerta de la casa, gritó el nombre del corregidor con urgencia.

Don Antonio, quien dormía plácidamente, dio un sobresalto, cuando a lo lejos, casi como en un susurro, escuchó la voz de Condorcanqui llamándolo, pronunciando su nombre de manera incorrecta y tierna. Se paró de la cama de un solo brinco, lavó su cara, peinó sus patillas y salió al encuentro del indio, demorando los pasos que antes había apresurado. Entonces lo vio, parado en el umbral de la puerta de su casa, como un adorno lejano y oscuro al que no podía divisar del todo, pues los rayos de sol que se filtraban le impedían asir por completo la imagen de ese cuerpo duro, compacto y marcado en el que pensaba a menudo y que ahora lo hacía ruborizar.

—José Gabriel, buenas tardes. Dígame qué se le ofrece.

—Un favor, necesito que usted me haga un favor —respondió Condorcanqui sin dejar de mirar al corregidor a los ojos.

—¿Otra vez con lo de la mita de Potosí?

—Así es, señor corregidor —pronunció Túpac Amaru II, esbozando una sonrisa y llevándose las manos a la cintura. Este movimiento que acentuó el sexo inquieto y elevado del indio, hizo tiritar al corregidor, quien tartamudeó al responder.

—Está bien, serán nueve horas en lugar de diez. Condorcanqui se sintió satisfecho. Le dio la mano al corregidor sin decirle gracias como este hubiese querido, montó su caballo y se fue.

## III

El día de San Carlos, santo patrón del Rey de España, don Antonio y Túpac Amaru II fueron invitados a almorzar en casa de Carlos Rodríguez, cura de Yanaoca. El cura intentaba sublimar las enemistades entre ambos hombres, quienes junto a él formaban la triada que mantenía el orden a lo largo de los Andes bajo el dominio español. Los tres hombres, acompañados por otros dos párrocos y numerosos sirvientes que los atendían, almorzaron sin decir mucho, aunque don Antonio y Túpac Amaru II cruzaron miradas de las que el cura español no se percató.

Después de la comida, el corregidor hizo su usual siesta tras el almuerzo. Al despertar, Túpac Amaru II le propuso pasar la noche en su casa en Tungasuca, pero don Antonio no aceptó.

—Debo volver a Tinta. El dinero del tributo indígena está por llegar.

Tras la negativa del corregidor, Condorcanqui ofreció acompañarlo durante un tramo del camino.

Cabalgaban en silencio por las montañas áridas de Tungasuca. No había luna por lo que el sendero se hacía oscuro y los caballos parecían estar confundidos. El potro del corregidor comenzó a galopar en círculos, mareó a don Antonio, quien pidió a Túpac Amaru II andar hasta que se calmara su bestia.

Ambos hombres, cada uno jalando a su caballo, conversaban sobre lo amena que había estado la comida en casa del cura Rodríguez. Al pasar por una cruz hecha de ramas viejas, Condorcanqui tomó una astilla que colgaba de su ropa y la colocó entre sus labios. Ante este gesto, el corregidor sonrió y quiso arrancar la pequeña astilla de los labios de Túpac Amaru II, quien soltó su caballo para huir, aniñado y lento, de las manos de don Antonio que lo perseguían. Entonces se introdujo en la oscuridad de un pequeño pico, detrás del cual se escondían varios de sus hombres. Estos sorprendieron y asaltaron al corregidor, quien había llegado al lugar en busca de Condorcanqui.

Túpac Amaru II apareció frente a don Antonio vestido de una sonrisa que brillaba en la oscuridad. El corregidor lo miró a los ojos un segundo y su piel se erizó de miedo. Esta vez, los ojos de aceituna, la piel morena y fresca que lo ataban, lo hacían sentir desnudo, pequeño y atrapado, no como aquella noche en las caballerizas. Don Antonio fue llevado al sótano de la casa de Condorcanqui en donde permaneció varios meses prisionero.

#### IV

El 10 de noviembre de 1780, Túpac Amaru II, vestido de chaleco de tisú de oro, pantalones cortos de terciopelo negro y camisa bordada, ordenó la formación de columnas en una loma cercana a la plaza de Tungasuca, en donde se había dispuesto una horca. Tras la lectura de una proclama en español y en quechua que anunciaba la muerte de don Antonio Arriaga, Túpac Amaru II llamó dañino y tirano al corregidor, mientras sus cabellos, decorados por un sombrero español, caían como cascada sobre su espalda. Entonces lo vio venir arrastrándose por el piso, con una soga amarrada en el cuello, mientras que los indios presentes reían a carcajadas y lo escupían en la cabeza y en las piernas. De pronto, Túpac Amaru II los hizo callar y se acercó al corregidor cuchillo en mano. Lo hizo parar y le puso sus dedos en los labios. Acercó su boca a la oreja derecha del corregidor, y despacito, le murmuró al oído:

—Deja de alborotar a los indios.

El español tiritaba y gemía de miedo. Túpac Amaru II, tras pronunciar sus palabras, rasguñó una marca delgada, atravesándole la garganta y volvió a lanzarlo al suelo mientras los indios presentes celebraban sus acciones.

En el primer intento de dar muerte en la horca al corregidor, la soga se rompió y este cayó al suelo. El verdugo recibió entonces varias sogas para completar su tarea y la gente cercana a la horca jaló de ellas para estrangular a don Antonio.

Minutos después de muerto, algunos indios pasaron junto a su cadáver y desdeñosamente murmuraron:

—¿*Judio manachu caita rurahux canqui?*

Túpac Amaru II los observaba a lo lejos y el choque de las ramas de los árboles contra el viento seco de Tungasuca emitía una melodía dura y punzante que lo llevaba a recordar la batalla que contra su piel había librado el español aquella noche en las caballerizas.

ESTIMADOS ESTUDIANTES, LUEGO DE LA LECTURA RESPONDER A LAS SIGUIENTES PREGUNTAS:

*Fundamenta tus respuestas basadas principalmente en tus conocimientos y reflexión sobre el tema. Éxitos.*

**ANTES DE LA LECTURA, QUÉ INFORMACIÓN TENÍAS SOBRE NUESTRO PRÓCER TUPAC AMARU II**

**¿QUÉ SIGNIFICADO TIENE PARA TI LA PALABRA INDEPENDENCIA?**

**RESUMIR CON TUS PROPIAS PALABRAS LA INFORMACION RELEVANTE DEL TEXTO LEÍDO**

**FUNDAMENTA EL PORQUE ES MPORTANTE ELABORAR TEXTOS LITERARIOS PARA LA TRANSMISIÓN DE INFORMACIÓN**